

EL MAGDALENA, LEGENDARIO RIO DE LA PATRIA

Una tarde, calurosa, como son todas las tardes de Neiva, paseaba por el camellón del Río Magdalena. Me detuve un largo rato para contemplar con nostalgia ese río, majestuoso, de límpidas aguas y a donde, en las noches de luna, se llegaba para respirar aire puro, oír el rumor salido de su caudaloso lecho y, a intervalos escuchar el choque del agua con la canoa del pescador.

Pero a pesar de que hoy la realidad es otra, no dejé de cavilar y decir para mis adentros...

El Magdalena ES un eterno caminante que desde su nacimiento hasta su desembocadura marca sendas de progreso. El Magdalena ES imagen de poder, ES fuente de riqueza ictiológica; el Magdalena ES recurso imprescindible en la navegación. El Magdalena ES polo de desarrollo económico y socio-cultural de un pueblo pujante y arrollador que un día extendió sus brazos para recibir al mancebo que aún temeroso e inseguro penetraba a sus tierras, abriéndose paso para cumplir su sino. El Magdalena es el generoso amigo que brinda a los mineros su lecho aurífero; mas, sobre todas las apreciaciones, el Magdalena ES la vértebra central que sostiene la principal estructura fluvial Andina.



Maria de los Ángeles Olaya Leguizamo
Miembro de Número - Academia Huilense de Historia

Si el río hablara, cuántas cosas nos diría, pero nadie lo quiere escuchar, ni entender, y por ello, el Magdalena sigue perdiendo su vitalidad, su riqueza que siempre la puso en manos de quienes quisieran aprovecharla, y el río, patrimonio de Colombia, agoniza ante la indiferencia de tantos colombianos.

Dice un adagio popular que los honores se deben hacer en vida, porque después de muerto para qué ayudas?

Este artículo escrito con sentimiento patriótico, tiende a exaltar a este gran río del Huila y de Colombia.

Quién es este río Magdalena? Todos los geógrafos afirman que al hacer irrupción, por el sur de Colombia, la imponente y enhiesta Cordillera de los Andes, alterna, índice ciclópeo, depositaria de inescrutables mandatos geológicos, abre su configuración cordillera en dos enormes ramales: el occidental que aproximándose un poco a la región pacífica, recorre algunos departamentos para luego continuar su derrotero hacia la República de Panamá.

El otro gran ramal llega al macizo Colombiano en la bota Caucana, allí se bifurca en la Cordillera Central que también sigue su curso por varios departamentos para ir a morir al Departamento de Antioquia. La Cordillera Oriental recorre regiones formando altiplanicies como la de la Sabana Cundiboyacense y el final, va a perderse en la Guajira y Venezuela.

Una vez posesionada de nuestras tierras, seguiremos hablando de los Andes Colombianos y es allí donde vamos a encontrar el origen de nuestro gran Río.

Son los Andes Colombianos, enhiesta y complicada prolongación del sistema andino suramericano, una de sus más atormentadas manifestaciones.

En el macizo Colombiano, aparece como en fantasmórica visión el «Páramo de las Papas», hermosa altiplanicie de siete kilómetros de ancho por quince de largo, circundado de abruptos picachos y cubierto de nieves perpetuas que alcanzan una altura de 5.660 metros; allí se conjugan en envidiable armonía, lagunas de cuyo seno van deslizándose imperceptiblemente, hilos de agua cristalina que pronto van a constituirse en corrientes de agua portadoras del progreso del país. En este macizo colombiano se encuentra la encumbrada cuna de cuatro importantes ríos: el Magdalena, el Cauca, el Patía y el Caquetá, que constituyen la Estrella Fluvial Colombiana.

Afirma el geógrafo Rafael Picón, en su interesante obra «magdalena, río de Colombia», que el nombre de «Páramo de las Papas» fue dado por los españoles, a este corazón del nudo andino, donde se realiza como ya se dijo, la bifurcación de las Cordilleras Central y Oriental, y que se ha llamado también «Páramo del Letrero», es donde se encuentran las fuentes del río Magdalena, precisamente en la laguna de la Magdalena o Santa Marta cuya extensión es de 490 mts. de longitud por 390 mts. de anchura.

Los cuatro caciques infantiles de andina tribu fluvial, emparentados como se dijo, por la prodigiosa proximidad que tan estrechamente los vincula, emprenden la veloz carrera de su vida, cada cual bajo su sino.

Una sola escueta realidad tiene ante el perenne movimiento desde el instante mismo en que, pródiga y maternal, la tierra les dio luz; la marcha continúa, esto es, la lucha contra todo; en obediencia a este severo mandato se encausan así: El Magdalena y El Cauca, por la vertiente Central o del Caribe; el Cauca por la Oriental o del Atlántico y del Patía por la del Pacífico u Occidental.

Este infante, escaso de fuerzas, inseguro, comienza su descenso. La pródiga naturaleza al ver su osadía, va vertiendo su caudal con limpias aguas de pequeñas lagunas que se constituyen en tiernas nodrizas, entre ellas, la quebrada Lambidulce. Ya al penetrar a las tierras del Huila, podríamos decir que es un arrogante mancebo, que dada la topografía de sus tierras tiene que ingeniarse su paso zigzageando maliciosamente. Receloso, a veces, abismático por los obstáculos, llega a una región montañosa que le abrió sus puertas.

Las Cordilleras Central y Oriental, demarcaron su olla hidrográfica y por sus laderas los numerosos afluentes que le ha de inyectar su propia vida, a este Magdalena se arroja, infantil aún, pero con definitiva resolución por la angosta y honda cisura que inicialmente le brindan las cordilleras. Abre brechas en su agitado caminar: sueña con encontrar un extenso valle que le acogerá en amplio y blando lecho.

Efectivamente se puede decir que allí, en tierras del Huila, amables y acogedoras como sus gentes, el gran Río Guacacallo comienza de verdad su tránsito feliz.

Esta batea geográfica (El Huila) le abre paso y le permite recorrer toda la longitud de sur a norte, dividiéndolo en dos largas extensiones. Pero no; ese sueño es sólo un espejismo. La apariencia tranquila del valle agustiniano, adornado con estatuas milenarias, pertenecientes a una enigmática cultura, ya desaparecida y hasta ahora, no identificada, vé con asombro, cómo las colinas se encrespan, los breñales se erizan y un estrecho candilón, lo reta frontalmente; el bravo adalid del progreso acepta el desafío; enrolla su caudal, y en fuerte acometida para no dejarse estrechar, y defenderse del estrangulamiento que lo amenaza, legendario y soberbio, orgullo de la hidrografía, no retrocede. Desde las empinadas sierras más próximas, levanta su angustiada voz, unas veces con bramidos desafiantes, otras, con ronquidos salpicados de furia en señal de protesta; otras, menos fuertes con un gemido de dolor y abandono. Por fin desaparece toda angustia y en un gesto de magnanimidad, el gran Río, sigue su camino, entregándose al servicio de quienes deseen usufructuarlo.

La gente lo van utilizando: algunas personas se sientan en sus arenas con sus artesas en busca del preciado oro; otras con sus atarrayas sacan de su lecho los peces que le servirán de alimento; los agricultores abren

canales para conducir el agua hasta sus plantíos; otros más ambiciosos represan su caudal para producir la energía que dará luz a su tierra, y el milenario río sonríe de satisfacción al ver todas las maravillas que el hombre hace con sus aguas. Contempla los arrozales, los cacaotales, los platanales, las extensas llanuras cubiertas de pastos para los ganados; y el río sigue bajando, atravesando a su paso, podría decirse que la mitad de los departamentos de Colombia, hasta llegar al anchuroso Mar Caribe, en donde sus dulces aguas se funden con la sal marina.

Han pasado centurias y nada lo ha perturbado. Querrá descansar porque en sus 1.558 kilómetros de recorrido, fueron muchas sus penalidades.

Un día del año 1501 una gente extraña, diferente a todas las que había conocido en su largo andar, comandadas por un foráneo español de nombre Rodrigo de Bastidas, llegó hasta su desembocadura y le dio el nombre de Gran Río de la Magdalena, llamándolo así porque ese día en que encontraron el Río y la gente española, se celebraba el día de la Santa Magdalena.

Tres largas décadas después, otro aventurero español llamado Sebastián de Belalcázar, sin proponérselo, llegó hasta su lugar de nacimiento (1538).

De esa época hasta nuestros días, la vértebra fluvial del Colombia ha sido el motor que ha movido la navegación en la región Andina. Los aborígenes de lo llaman YUMA; en el sur del Huila, se le llama río GUACACALLO ó río DE LAS TUMBAS.

Para terminar la semblanza de nuestro Río, quiero invitar a todo el pueblo de Colombia que es bañado con las aguas del Magdalena a que reflexionen seriamente sobre la suerte que le espera a este hijo de las montañas si no le tendemos nuestra cálida mano de amigos. ¿O acaso no pensamos que es un deber de Colombianos revivir su caudaloso lecho, cuando precisamente los Colombianos quienes lo hemos llevado a tal extremo de postración con las basuras, los residuos industriales, la deforestación de sus valles? ¿eso no nos dice nada?... Y ¿en donde están los órganos gubernamentales para que controlen las fábricas que vomitan sus desechos al Río de la Patria,...

Ojalá que llegue el día, y que no sea tarde, para tomar acciones que tiendan a recuperar la pureza de sus aguas, la limpieza de su lecho y que como decía el profesor Yarumo, que vuelvan los pajaritos a trinar y a colgar sus nidos en las frondosas ramas plantadas a lo largo de sus riberas.



Los académicos María de los Ángeles Olaya L. y Álvaro León Cabrera G., en compañía de la Doctora Hilda Cecilia Alvira, Notaria 5a. del Circulo de Neiva.